

## **LEYENDA Y COLOR DE MARGARITA\***

El siena de algunas tierras esperando el agua pluvial: los cerros duros, de vegetación espinosa, coronados de piedras y cardos como guerreros guaiqueríes, y, por contraste, la suma dulzura y verdor de otros valles-oasis (San Juan, el Espíritu Santo) con sus cocales, lechosos y nísperos y su muy florido pañuelo de frutos menores; el mosaico líquido de la Restinga, aladinesco brazo de mar donde la vegetación, el agua y la luz ensayan todos los colores, y el mar, siempre el mar cabrilleante, vestido cada día de nuevas turquesas y cobaltos, fijan la variedad y policromía de Margarita entre todas las regiones venezolanas. Tan extraordinario microcosmos geográfico se llamó así porque era un viejo nombre hispánico para las perlas y porque la primera ocupación del territorio insular coincidió con las solemnes bodas de la princesa Margarita de Austria, hipotética heredera del milenario y fabuloso imperio de Carlomagno, con el príncipe Don Juan, hijo de los Reyes Católicos. La bella princesa, educada en la suntuosa Flandes, agregaba a los brocados y encajes de su ajuar aquellas "margaritas" enormes, de tan pulido y espejeante oriente, que llevaron a Sevilla las naos de Pedro Alonso Niño y de Cristóbal Guerra. Era época de sorpresas y maravillamientos. "Grandes nuevas se publican por España y Portugal", decía el deleitoso romancero del siglo XVI, y entre otras cosas que a la inmensa joyería cósmica de la corona española se agregaba esta irisada perla indiana donde el mar pintor y escultor modeló los más brillantes nácares.

---

\* Fue publicado por primera vez en *El Farol*, N° 140, Caracas, junio de 1952, pp. 13-20.

Duro rescate de perlas de aquellos ágiles indios que en sus delgados cayucos salieron ya al encuentro de don Cristóbal Colón, cuando buscaba bajo los primeros cielos y aires de Venezuela el sitio balsámico en que debió localizarse el Paraíso terrenal, es la abertura histórica de Margarita. Disputa la isla con su vecina Cubagua la primacía de un dorado perlífero. Muchos de los aventureros españoles — que antes de la conquista de México se aburrían en Santo Domingo y otras antillas engordando cerdos y preparando casabe para las expediciones de rescate — vienen a Margarita, donde, según la expresión popular, las perlas brotan como garbanzos. ¡Y cuánta joya margariteña decoró los rojos y negros terciopelos de la nobleza; las grandes arracadas y aderezos para las vírgenes de Sevilla, el esplendor de aquel linaje de armiños y coronas, de principados, ducados, archiducados y virreinos: Flandes, Lombardía, Borgoña, Austria, Nápoles, Alemania, satélites del imperio de Carlos V!

Pero el margariteño, el guaiquerí — nombre de la raza aborigen —, no era precisamente un indio triste, sumiso y ensimismado como el de otras tierras americanas. Sus músculos estaban impregnados de yodo; sus piernas andaban más ágiles que sus remos. De sus abuelos caribes había aprendido el manejo de dos instrumentos de dominio como la flecha y la canoa. Ya Colón — apresurado turista que pasa por esa costa — encomia la belleza y vigor de los cuerpos y hasta la tez, que parecía más clara que en otras partes de Indias. Hacia 1530, Marcelo de Villalobos, oidor de la Isla Española, levanta en Margarita la primera fortaleza y poco tiempo después la iglesia franciscana que, profanada por los tiempos, aún yergue sus contrafuertes y medieval espadaña sobre las tortuosas callejuelas de La Asunción. El trabajo de la pesca de perlas hecha por los indios bajo el látigo de broncos mayores españoles era singularmente cruel, y Bartolomé de las Casas dejó sobre ella una estampa patética en su *Historia de Indias*. “Llévanlos — dice el buen fraile — en las canoas que son unos barquillos y va con ellos un verdugo que los manda. Llegados a la mar alta, a tres o cuatro estadios

de hondo, mandan que se echen al agua; zambúllense y van hasta el suelo y allí cogen las ostras que tienen perlas e hinchan de ellas una redcilla que llevan al pescuezo o asidas a un cordel que llevan ceñido, y con ellas o sin ellas suben arriba a resollar. Si tardan en resollar dales priesa el verdugo que se tornen a zambullir, y a las veces les dan de varazos. Están en esto todo el día desde que sale el sol hasta que se pone. La comida es algún pescado, y el que tiene las mismas ostras donde están las perlas, y el pan cazabe y el hecho de maíz. Las camas que les dan a la noche son el suelo con unas hojas o hierbas, y los pies en el cepo para que no se les vayan. Algunas veces se zambullen y no tornan jamás a salir porque se ahogan de cansados y sin fuerzas y por no poder resollar, o porque algunas bestias marinas los matan o tragan.” Es decir, las perlas, que habían sido para los indios sencilla diversión suntuaria, se les truecan en esclavitud económica cuando adelantados y tratantes deben abastecer con esos nácares del Nuevo Mundo la creciente exigencia de lujo y comercio de la Europa renacentista. Y las mujeres de Tiziano y de Rubens, venecianas y flamencas, y las princesas de Van Dyck llevan por eso collares y gargantillas cuyo rocío y espuma congelada extrajeron de su estuche de meleagrina los angustiados indígenas de que habla el Padre Las Casas.

Pero también los españoles — como lo cuenta en su enorme cronicón rimado Juan de Castellanos — habrán de sentir la belleza y apacible regazo de los valles tibios donde la fruta tropical es tan fresca y acendra tan maravilloso azúcar. Después de la inicial tarea de despojo, el conquistador comienza a ser conquistado por la tierra. Del gran cuadro de guerras, aventuras y expediciones de Juan de Castellanos surgen unas páginas idílicas en que cuenta los años de paz, jubilosos coloquios y canciones de los vecinos de Margarita antes de que viniera a desconcertarlos la diabólica aparición del Tirano Aguirre. (Entre los pobladores había poetas y vihuelistas como Bartolomé Fernández de Virués, Jorge de Herrera, Fernán Mateos y Diego Miranda) que entretienen sus reuniones campestres evocando los romances y villancicos de España e improvisando otros:

*Pasaban, pues, la vida dulcemente  
 todos estos soldados y vecinos  
 donde la fresca sombra y dulce fuente  
 al corriente licor abre camino.*

*En el val de San Juan principalmente  
 eran los regocijos más continos  
 y a sombra de la ceiba deleitosa  
 admirable de grande y hermosa.*

La boca adolescente de Juan de Castellanos se solaza en su libro con los sabores nuevos del trópico margariteño. Antes de Andrés Bello y los poetas nativistas encomió las guanábanas, anones, piñas, cotoperías, pitahayas, guayabas y mameyes que ofrecían sus vallecitos y oasis. Y con el elogio a los peces del Caribe hecho ya por Fernández de Oviedo y Bartolomé de las Casas, parece completarse aquella cornucopia de bienes naturales, aquella “mesa de reyes” que hallaba en el apacible territorio insular el soldado-poeta.

También había en la raza —en el canoero y flechero guaiquerí y en el mestizo— un ímpetu creador, un gusto del riesgo, la acción y la aventura que fija muy tempranamente la psicología del margariteño entre todas las comunidades venezolanas. De soldado español y cacica indígena había nacido en plena conquista aquel primer gran caudillo mestizo que se llamó Francisco Fajardo. Pudo convertirse, más que los gobernadores provistos de Reales Cédulas que enviaron Carlos V y Felipe II, en verdadero árbitro de la tierra, si no lo asesinara con engaño y alevosía el cruel Alonso Cobos. En sus proezas de guerrero anfibio, de hombre de mar y de tierra firme, de negociador y colonizador, en el sutil cálculo e inteligencia con que este jefe genial asciende de su menospreciada condición a imponer sus puntos de vista a las autoridades peninsulares, se ejemplarizan ya las más viriles virtudes venezolanas y margariteñas. Con tres siglos de anticipación parece Fajardo un precursor de los héroes de Matasiete, de los invencioneros, veloces

y osadísimos “neoespartanos” que burlan a la empavesada flota de Morillo y a los veteranos ejércitos de Bailén.

Junto al hombre, en paz y en guerra, comparece también la ternura y la energía de la mujer margariteña. Al lado de Fajardo estarán siempre los consejos y hábil diplomacia de su madre, la cacica Isabel Charayma, como el heroísmo casi infernal de Arismendi se completa y sublima en la estética resistencia de Luisa Cáceres. Nunca hubo en Margarita sitio para la mujer indolente y ociosa. Como singular supervivencia de quién sabe qué matriarcado prehistórico, cuando el hombre margariteño rapta a la hembra, acude, para santificar las nupcias, a pedir que la madre bendiga la compañera, en ceremonia que suele preceder a la del matrimonio eclesiástico. Y la misma mano maternal se yergue para desear buenos augurios a la goleta que se lanza al océano y al grupo de muchachos esforzados a quienes la alta densidad demográfica de la isla y la esperanza de mejor fortuna envían a trabajar y poblar en las húmedas tierras del Delta del Orinoco o en las petroleras del Zulia y de Oriente.

Semejantes a aquellos griegos de las islas, desafiadores —como decían las inscripciones egipcias— de la “gran verde”, los margariteños expedicionan, pueblan y colonizan en todos los rincones de Venezuela. Hubo algunos que después de servir de buzos en la costa colombiana y en Manta, Ecuador, navegaron por todos los mares de la tierra y aun llegaron a conocer los bancos perlíferos del Océano Indico. Capitanes de trespuños y goletas, tripulantes en naves de las más variadas banderas, a veces los he visto en bulliciosos consulados como el de Nueva York mostrando sus pasaportes poblados de exóticos sellos y contando viajes a Noruega y a Filipinas, a Nueva Zelanda y al Japón. Con suma decisión y prontitud de inteligencia, tienen una especie de esperanto propio para pasar de uno a otro barco y a otro idioma. Nunca pierden, sin embargo, su “margariteñismo” esencial. Aunque estén trabajando en los muelles de Brooklyn, siempre se reconocen los “cuñaos” y se juntan para preparar un sancocho de pescado a la legendaria manera de Juan Griego y de Porlamar. El culto de la Virgen del

Valle, especie de divinidad maternal y totémica de la Isla, los une también en patriotismo nostálgico. A ella acude el hombre insular cuando parte para sus expediciones marítimas, y a su santuario volverá siempre a pagar la promesa por la buena navegación y los éxitos y proventos recogidos en el ancho mundo. También, como a una madre que admirara el valor y la osadía y perdonase las equivocaciones, a la Virgen han de contarle hasta las aventuras más censurables y peligrosas, como la de los buenos marinos que se convirtieron en agresivos contrabandistas.

Democracia social y humana como acaso no exista en ninguna otra región del país. El mar compartido, esa como zona colectiva de pesca y navegación, el linaje solidario de generaciones enteras que durante años y años hicieron el mismo oficio, la espera jubilosa de los más plateados cardúmenes abolía en el trabajo y la aventura todo prejuicio de clases. En pocos sitios como allí el hombre fue hijo de sus obras. Cordial tuteo y abrazo, riqueza de diminutivos y apodos para reemplazar la severidad de los nombres propios, parecen romper toda vanagloria genealógica; integran las gentes en solidaria y afectuosa comunidad. El amor a la isla y a su oficio marítimo los unifica a todos. El espíritu de comunidad rechazará al abusivo y demasiado egoísta. Discutirán por tal o cual caudillo o principio político, pero hay una tregua y fraternidad cuando en la olla está humeando el sancocho, cuando la lancha viene o parte para el Continente o cuando las campanitas del Valle a través de los cicales y los cerros, en la brisa yodada del amanecer, convocan a la gran fiesta anual de la Virgen. De los sitios más distantes de Venezuela, de Cabimas y Caracas, de Barquisimeto y Ciudad Bolívar, acuden entonces los peregrinos con sus velas y sus ofrendas a contar a la gran madre la humilde, entusiasta o heroica peripecia de sus vidas. A la sombra de la ceiba y el coto perís están encontrándose y abrazándose, antes de embarcarse de nuevo, esos Chenchos o Juanes, Petras y Josefás que dispersos en toda la patria han de congregarse una vez al año en inolvidable vínculo de suelo y sangre. La perla, el sombrero de paja y la botellita de

fragante "ponsigué" con que regresan serán a la distancia los más evocativos talismanes de Margarita.

Los sociólogos tendrían mucho que meditar y definir en esa tierra encantada. Ciertas formas de producción determinan allí una estructura social específica. El tren de pesca cuya fina hilazón tejen las mujeres-Penélopes impone una especie de propiedad comunitaria, ya que familias enteras, amigos y allegados deben asociarse en los implementos y la complicada faena. Los ojos, casi mágicos, de los vigías atisban desde una colina o eminencia del litoral el paso rápido y saltarín de los cardúmenes. La voz del vigía anuncia desde la concha acústica de su caracol salvaje el momento de comenzar la maniobra. Una tribu compacta de hombres, mujeres y niños se integra en la faena. El mar es de quien lo trabaja. Es más igualitario y premia al esforzado con mayor ecuanimidad que la tierra. Tornan ya las redes pletóricas, tiradas por brazos hercúleos, con su brincadora cosecha de peces vivos. Y en el campamento playero, como en una escena bíblica, acontece el reparto de los bienes. Hasta el mocosuelo de siete años, aprendiz de lobo de mar, que también asió su pedazo de cordel, tendrá participación en el botín. En tantas horas de comunión en el océano, toda existencia individual parece sumirse en el esfuerzo colectivo. Ningún individuo sobra, porque todo se funde en el impulso de la comunidad. (Hay una espontánea y vital división del trabajo, distinta de aquel riguroso sistema mecánico que ha debido imponer el industrialismo moderno.) Y del mismo modo una cultura tradicional de canciones, danzas y leyendas parece transmitirse en el cotidiano coloquio de hombres y mujeres, de niños y ancianos, y cuando a la sombra del rancho la familia entera desconcha las ostras de cuya encantada cavidad azul brota la perla como una princesa cautiva. Danzas de tanta gracia mímica como la del *Carite* estilizan y llevan a un plano místico la gran faena tribal; y con aires del siglo XVI español, alegremente modificados por la fantasía mestiza, como el *polo*, canta el margariteño su gesta y su viril humorismo. Aquí hay demasiada luz y mar amistoso para sumirse en la melancolía y el menosprecio del mundo. Cada casita blanca próxima a la

playa parece otro velero más, dispuesto a partir a la conquista de la fortuna.

Hoy la industria y la tecnología comienzan a transformar un poco las condiciones ancestrales del hábitat isleño. Se enlata el pescado, que ya compite en Colombia y en las Antillas con las mejores marcas del mundo. Hay ya fábricas y comercios regidos por el tiempo mecánico, diverso del profundo tiempo cósmico que antes señaló las horas de ensoñación y faena del pueblo margariteño. El turismo es otra industria inicial que empieza a erguir hoteles para que los visitantes del Continente se solacen en los colores de la Restinga, disfruten las olas y los crepúsculos de El Tirano y de Juan Griego, o miren desde los patinados torreonos de los castillos la verdura del valle y el yodado pecho guaiquerí de las montañas. Mas a pesar de cualquier impacto de modernidad e irrespetuosa profanación turística, Margarita seguirá siendo como una perla encantada de la patria en cuyo oriente se refracta con la gracia y tónico vigor del paisaje la luz de una extraordinaria historia: la de Francisco Fajardo y el Tirano Aguirre; la de Arismendi y los héroes de Matasiete; la inagotable gesta de sus hombres de mar. Es, por excelencia, entre todas las venezolanas, una comarca fundadora.